

## 87. JAVIER BORDAS PIFERRER

Clérigo.

Nacimiento, en San Pol de Mar (Barcelona), 24-IX-1914.

Profesión religiosa, en Gerona, 24-IX-1931.

Defunción, en Barcelona, 29-VII-1936.

Javier Bordas fue la primera flor que el vendaval revolucionario arrancó del jardín salesiano de Barcelona.

Le faltaban dos meses para cumplir veintidós años. Acababa de llegar de Roma el día 17 de julio de 1936, víspera del estallido de la guerra civil.

Volvía ilusionado a la Patria, en compañía de otros jóvenes estudiantes, a quienes quería enseñar Barcelona.

Había terminado brillantemente su licenciatura en Filosofía y, dadas sus condiciones extraordinarias de carácter e inteligencia, pensaban los superiores, contra toda costumbre, enviarle de nuevo a Roma para doctorarse.

Era un joven encantador por todas sus cualidades: bueno, inteligente, culto y cortés. Digno hijo de sus padres; católicos a machamartillo y pertenecientes a una familia bien situada y de cierto linaje.

Había estudiado en Mataró y en la Universidad Gregoriana de Roma.

La Inspectoría esperaba mucho de él.

No en balde era sobrino de don José Bordas, ilustre maestro tipógrafo, que también falleció prematuramente en las Escuelas de Málaga —9 de octubre de 1918— y, de don Tomás Bordas, inolvidable creador del archivo general de la Congregación. De casta le viene al galgo, pensaban muchos al verle tan listo, tan simpático y tan bondadoso.

Pero otros eran los designios de la Providencia.

Llegó a Sarriá con el deseo de que el padre Inspector le indicara el lugar de su residencia durante el verano: pero no se encontró con él, ya que el padre Calasanz estaba en Valencia.

Tres días más tarde —21 de julio— los salesianos de Sarriá fueron expulsados de su casa por una turba de milicianos.

Y Javier Bordas se dirigió a casa de don José Campón, gran amigo de su familia, donde fue acogido cariñosamente, pues le consideraban como un hijo.

Aún volvió a Sarriá aquel día, para ver si podía retirar algunos objetos que, con las prisas de la salida, se había dejado allí al ser expulsado.

El día 22 de julio fue a telégrafos con el señor Campón y expidió un telegrama a sus padres, residentes en San Pol de Mar, comunicándoles que había llegado y se encontraba sin novedad en casa de los Campón.

El tranquilizador telegrama no estuvo en sus manos hasta el día siguiente. Tuvieron la natural alegría. Pero ¿cómo iban a suponer que, mientras se regocijaban por la buena noticia y esperaban tenerle pronto entre sus brazos, Javier moría acribillado por balas homicidas?

¿Qué sucedió en el intervalo!

Javier y el señor Campón volvieron a casa después de poner el telegrama, y, por la tarde, salieron ambos de nuevo a recorrer las calles de Barcelona. El espectáculo que presenciaron les llenó de angustia y pavor.

El 23 por la mañana no se movió de casa. Por la tarde salió el señor Campón a sus asuntos. Javier también quiso salir.

Díjole la señora lo peligroso que era. Pero él, sin experiencia ni posible cálculo de la peligrosa realidad, deseaba llegar hasta una torre de sus padres la «casa de Fusta» situada un poco más arriba del Hospital Militar, junto a la carretera que sube al Tibidabo, y que él mismo había ofrecido como residencia segura a algunos salesianos.

Nadie sabe lo que sucedió. A las diez de la noche, aún no había vuelto Javier a casa. Salió en su busca el señor Campón.

—¿Adónde va?, le preguntaron unos milicianos que patrullaban por la calle Salmerón.

—A la carretera de la Rabassada.

Los milicianos le advirtieron que era muy peligroso aquel paraje.

Y llevaban razón. Era uno de los lugares preferidos para los trágicos *paseítos*.

El señor Campón tornó a casa.

A las seis de la mañana del día siguiente, veinticuatro, salió de nuevo. Llegó a la «Casa de Fusta». Preguntó al colono por Javier. Y aquél respondió que no le había visto...

¡Qué triste la condición de algunos hombres! ¡Cuánto puede el miedo! ¡Y el respeto humano!

No solamente le había visto, sino que le había rechazado. Y hasta le había impedido que entrara en su casa. Además, sus hijos habían visto su cadáver en la cuneta de la carretera. Pero así fue el hecho.

El señor Campón volvió a su casa deshecho.

Durante cinco días recorrió depósitos de cadáveres por los distintos hospitales y cementerios. Y nada.

Por fin, el día 29, encontró la fotografía de su cadáver en el Hospital Clínico señalado con el número 3.912.

Ya *La Vanguardia* del día 25 había publicado la siguiente gaceta:

«Ayer se dio cuenta al juzgado de guardia de que en Horta había sido encontrado muerto un joven de unos veinte años, a consecuencia de los sucesos del domingo y que presentaba heridas por arma de fuego».

Sigue la relación de otros hallazgos semejantes, y termina: «Estos cadáveres fueron trasladados al depósito judicial».

Pero se equivocaba el periódico y sabía bien que mentía. ¿A qué sucesos del domingo, de casi una semana antes, podía referirse cuando la sangre de Javier estaba aún fresca al ingresar su cadáver en el depósito judicial?

Nada de sucesos. Un asesinato más.

Era un religioso joven y lleno de vida, que llevaba el pasaporte en el bolsillo, donde constaba su condición de religioso salesiano, que sin proceso alguno caía víctima de la violencia y del terror.

Una ficha decía:

«3912. Ingresó el 24, a las doce. Un hombre de unos veinticinco años, pantalón oscuro, americana clara. Lleva lentes. Presenta heridas de arma de fuego en el tórax y cabeza. Diagnóstico: Hemorragia interna traumática».

Así corrían las cosas por aquellos días. Como en una película cinematográfica de miedo y anarquía.

Así de tristes.

Así de trágicas.